



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



17 de noviembre de 1888



Núm. 55



EL BEBÉ

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA



LENGO yo un amigo médico cuya conversación suele interesarme algunas veces, sobre todo cuando habla de manera que puedan entenderle, lo cual no sucede siempre.

Yo le envidio, no por lo que cura, ó mata, sino por la oportunidad que le ofrece su carrera de poder observar mucho y enterarse de infinidad de cosas que nos están prohibidas á los que no sabemos recetar jarabes y pastillas.

El otro día, pues, al tomar café juntos, saqué á colación, no sé á qué cuento, el haber en la actualidad encerradas veinticinco mil monjas en los conventos españoles.

—Y habrá el doble, el triple, el cuádruple,—me respondió el doctorcillo, que tiene el feo vicio de hablar siempre en tono muy dogmático.

—¡Horror!—repliqué yo, horrorizado realmente.—¿Crees tú que jamás llegue á haber cien mil monjas nada más que en España? Entonces tenemos aquí, á la chita callando, realizado el programa de los pesimistas alemanes, de los nihilistas rusos, sólo que bajo el pabellón de la religiosidad.

—No es eso: ya verás por qué he sentado la afirmación que tanto te ha escandalizado.

Saqué la petaca, lié un cigarrillo, encendí un fósforo, y, mientras daba el primer chupetón al pitillo, murmuré:

—¡Habla!

El Galeno tosió, apuró el café que quedaba en la taza, y dijo así:

—Fuí llamado ayer por una familia digna de la mayor estimación por su formalidad; gente acomodada; el padre, magistrado distinguido; la madre, una señora muy de su casa y muy discreta; dos chicas muy guapillas y esmeradamente educadas; los muchachos muy sentados; todos profundamente respetuosos para con papá y mamá.

El motivo del llamamiento, cualquier cosa: un dolorcillo en la espalda, una roncha en una mano, no recuerdo; pero la verdad verdadera era otra: deseábase que yo le recetara á la menor, una muchacha de veinte abriles, algo que le calmara la excitación nerviosa que tenía, la cual excitación, según el papá, dependía de estar la pobre niña atravesando una verdadera crisis por luchar entre sus deseos de meterse monja y los trabajos de ciertos allegados suyos para casarla en breve con cierto apreciable joven.

—Y ¿no le da V. cuatro mojicones á esa boba, á ver si le saca de la cabeza eso del monjío?—exclamé dirigiéndome al señor magistrado.—¡Qué disparate! ¡Qué chifladura!

Pero con sorpresa mía vi que el hombre había puesto una cara bastante fosca al escuchar mi interpelación.



—Es que yo no creo que sea tan disparatado como V. imagina eso de que la niña entre en un convento,—me replicó;—y en cuanto á mí, cien veces prefiero ver á mi hija con un hábito de carmelita ó de . . . (no me acuerdo qué otras cosas dijo), que no verla infeliz, desgraciada, mártir, con un marido que la maltratase, la humillase ó no supiese conducirse con ella como ella se merece.

Y aquí el hombre empezó á echar pestes contra los jóvenes del día, acusándoles de mil perrerías y haciéndoles responsables de que las muchachas



El niño y la lluvia

casaderas, *escamadas* con los maridos que suelen *resultarles* á sus amigas, cobren horror al santo sacramento del matrimonio, y se metan monjas.

He de confesarte que el buen papá estuvo elocuentísimo y que le quedé muy agradecido por haber descubierto, gracias á él, una de las causas que contribuyen á que los conventos se llenen de doncellas en estado de merecer. No todo debe atribuirse á las maquinaciones de los curas, sino que algo contribuye también á ello el actual estado de las costumbres: no se atraviesa sin graves trastornos una desmoralización social tan honda como la que estamos presenciando ahora.—

Calló el discípulo de Hipócrates, y confieso que me quedé como quien ve visiones, pues jamás hubiese creído que las muchachas les tuviesen ese miedo cerval á sus futuros maridos, hasta el extremo de preferir la ahogada estre-

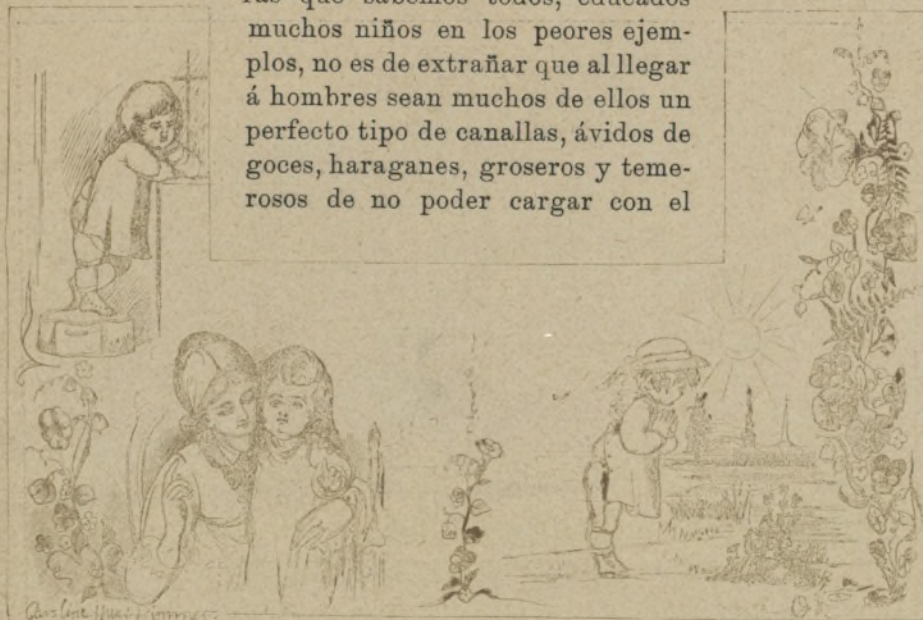


chez de una celda á caer en poder de algún monstruo con chaquet y sombrero hongo.

El doctor, volviendo sobre lo mismo, calificó de *síntoma* ese movimiento monacal que está ocurriendo en nuestros días; y reflexionando yo después acerca del particular, acabé por sentir también algún espeluznamiento al fijarme en ciertas cosas que están sucediendo hoy.

Dominada gran parte de la juventud por la embrutecedora manía de la *flamencura*, alcanzando el horrible vicio del juego las proporciones devastado-

ras que sabemos todos, educados muchos niños en los peores ejemplos, no es de extrañar que al llegar á hombres sean muchos de ellos un perfecto tipo de canallas, ávidos de goces, haraganes, groseros y temerosos de no poder cargar con el



El niño y la lluvia

peso de una familia. Los padres que aman verdaderamente á sus pimpollos exageran á su vez lo crítico de la situación, generalizan, y acaban por temblar como unos azogados cuando piensan que su hija podría ir á parar á manos de algún novio como esos señoritos inútiles, brutales y gastados que tanto abundan hoy; y de ahí la escasa resistencia que oponen á los monjíos de sus niñas.

Tened, pues, presente esto, camaradas, para cuando estéis en edad de *echaros* una novia, lo cual no debéis hacer hasta concluída la carrera y asegurado el pan. O sois buenos, ó de lo contrario os vais á encontrar con que por cada muchacha dispuesta á casarse habrá dos resueltas á huiros así que entiendan que pretendéis su blanca mano.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## ¿CÓMO DEBE INSTRUIRSE Y EDUCARSE Á LOS NIÑOS?

**A** PARTE las enseñanzas y reglas parciales, muy dignas de encomio, que se recogen de los estudios de psicología infantil, se debe utilizar dos cualidades que predominan en el niño, y que son, más que defectos, recursos de inmenso valor para todo pedagogo experto, pues se fundan en leyes de la sensibilidad misma.

Nos referimos á la *movilidad excesiva* y á la *fácil flexibilidad* de las impresiones del niño (lo que se denomina su habitual distracción), susceptibles de ser explotadas con fin y resultados fecundos.

La movilidad excesiva del niño, su impresionabilidad, fácil de despertar en todo momento, es efecto de la ley del cambio que rige la sensibilidad y que determina además, condición necesaria para el ejercicio de la inteligencia. De suerte que la movable y excesiva impresionabilidad del niño es una predisposición favorable para determinar en él, con el cambio de estímulo que constantemente requiere, obedeciendo á la ley propia de la sensibilidad, la percepción de diferencias con que se inicia el ejercicio mental. Así, en efecto, la excitación nerviosa reconoce como causa un cambio de estado molecular, y se manifiesta en el momento en que ese cambio se produce con celeridad suficiente. Del mismo modo que una sola sensación continuada con igual intensidad es la negación de la conciencia, una sola impresión continuada con igual intensidad es la negación de la excitación nerviosa; resultando, por tanto, que allí donde no surge la percepción de una diferencia no aparece el acto consciente.

Esta observación, fácil de recoger, no debe ser olvidada nunca por el maestro; antes bien, la señal más ligera que indique en el niño hastío ó cansancio de la tarea en que se le ocupe, debe aprovecharla como advertencia suficiente para determinar en la impresionabilidad del alumno, cambio del ob-



El nido  
de la oropéndola





Nevasco

jeto y dirección, en que pretenda estimular é interesar su atención, rebelde por condiciones superiores á su voluntad, como que dimanen de su propia constitución orgánica y de las leyes de la sensibilidad, á una persistencia y fijeza que le agobian. En tal sentido, la variedad y multiplicidad de asuntos, la combinación de las horas de clase con las de recreo, la sucesión alternada de los juegos y de las tareas escolares, el tránsito suave y lento de los unos á las otras; todo lo que, en una palabra, contribuye, en medio de la concatenación del tiempo, á dar variedad y condiciones para que la sensibilidad del alumno se interese y ocupe, y su instinto de la curiosidad se excite, son otros tantos medios y recursos que *suaviter in modo*, pero *fortiter in re*, puede y debe utilizar el pedagogo medianamente experto para mantener vivos la atención y el interés de sus discípulos. Contrariar aquella movilidad excesiva, pretendiendo que el hervor de vida que rebasa los poros del niño se convierta en una momia egipcia inmóvil y rígida, es acometer la empresa de coger á puñados el aire ó de comprimir los gases.

A la vez, la movilidad excesiva de impresiones se halla contrapesada en el niño por su *fácil flexibilidad*; siéndole, más que hacedero, grato adaptarse á toda hora, en cada caso y momento, á la impresión que le solicita y á veces á impresiones anteriores, con tal que le estimulen en aspectos nuevos ó en relaciones antes no presentadas ni vistas. Arte delicado requiere en este sentido convertir por trámites nada violentos, la vehemencia con que el niño se dedica á sus juegos y distracciones, en objeto de atención más ó menos reflexiva, tomando como causa ocasional los juegos mismos, sus conversaciones, palabras sueltas á veces, para que la atención revierta á asuntos, que hacía instantes inapreciables, hastiaban y aburrían. Ofrece esta vuelta de la



atención la inapreciable ventaja de que se interesan por igual la curiosidad de la inteligencia y la emoción de la sensibilidad, y ante la impresión del momento se evoca hábilmente el recuerdo de la pasada, y la naciente vida mental del niño teje, enlaza unos con otros instantes, y la sinovia que los une aumenta sus energías, las dota de nuevos impulsos y se siente más capaz de acometer nuevas empresas. Es en este sentido de una *difícil facilidad* herir en lo vivo la aparente distracción del niño, pero resulta siempre que se tiene el acierto (arte y habilidad en la educación) de combinar el estímulo que ha de excitarle con otros que de algún modo hayan interesado al niño. En ocasiones la violenta caída que un niño se produce con sus juegos puede servir al maestro para hacerle concebir la posible existencia de los antípodas; como el juego en que con cierta candidez enloquece, persiguiendo su propia sombra, tanto más lejana cuanto más próxima, sirve de motivo utilizable para que el niño comprenda algunos de los principios fundamentales de la óptica.

Si el maestro consigue herir en lo vivo, excitar hondamente la curiosidad del niño, se explicará de una manera cumplida que estímulo *cualitativamente* determinado, efecto de la hora, ocasión, circunstancia, predisposición, nexos, con otras impresiones, etc., pueda producir resultados gigantescos, ni siquiera previstos. ¿Cómo y por qué? Porque el factor de la espontaneidad, que con tan lamentable frecuencia queda preterido y olvidado en el rutinismo tradicional, entra en acción y enseña al mismo maestro (que por esto se dice que sólo se aprende enseñando) que la decantada, por habitual y constante, distracción del niño es una atención continuada, que no sabemos casi nunca explotar. Cuando la utilizamos, la perspicuidad de su juicio suele ser tan certera cuanto que su insaciable cu-



Nevasco



riosidad, expresada en una serie de *porqués* cada vez más hondos, es capaz de detener al hombre más sabio del mundo.

U. GONZÁLEZ SERRANO

## EL PLANETA MARTE



No se dirá de sus habitantes que sean seres *pesados*, ya que continuados estudios científicos, publicados por eminentes astrónomos, han demostrado que todos los cuerpos pesan dos veces menos en la superficie de Marte que en la Tierra. Un hombre que pesa aquí 60 kilogramos, no pesaría más que 30 en aquel elevado mundo. El sol contemplado desde Marte parece la mitad más pequeño que desde aquí, bien que su aparente dimensión sufre repetidas variaciones durante el transcurso del año. Hay períodos en que iguala á las tres cuartas partes del nuestro, y otros en los cuales desciende á 43 centésimas. Tal variación obedece á que la órbita de Marte tiene una forma elíptica, y á que su distancia del Sol varía indistintamente.

La Tierra que habitamos es *una estrella* para los moradores de Marte. Si los procedimientos científicos son los mismos allá que aquí, es más que posible que designen á nuestro planeta con el nombre de Venus, en atención á que la Tierra es para ellos lo que para nosotros el astro de la mañana, la precursora de la aurora y del vespertino crepúsculo: de ahí que cabe en lo posible que aquellos habitantes consideren al planeta Tierra como un paraíso ó una esfera celestial. Tal vez nos adoran en el azul ó escarlata de su cielo, mientras que por nuestra parte (algunos pueblos lo hacen todavía) les adoramos como el símbolo de la fuerza y del valor.

La astronomía moderna considera á los millares de mundos que gravitan en el espacio como otras tantas tierras habitadas, entre las cuales fluctúa nuestro mundo. Lo consigno, pero no afirmo, ya que en absoluto no puede admitirse tal afirmación.

Hace pocos siglos, sin embargo, que todas las estrellas eran consideradas como pertenecientes al sistema de la Tierra, y dotadas de una influencia especial en nuestro destino. La astrología judiciaria, el arte de formar horóscopos, la hechicería, extendían sus espantosas tinieblas sobre la sociedad, haciéndola víctima de las más erróneas preocupaciones. Marte poseía la facultad de dar un destino guerrero al niño que nacía bajo su signo. «Marte, — escribía un insigne geólogo, en 1574, — está en el quinto ciclo. Los que nacen bajo su influencia son ásperos y rudos, invencibles, tenaces, quimeristas, temerarios, violentos, aventureros, glotones que digieren rápidamente cuanto comen, fuertes, robustos, imperiosos, de ojos sangrientos, cabellos rojos, que ejercen oficios de fuego y de hierro, ardientes, furiosos y jugadores. Júpiter forma los hombres bien parecidos, los prelados y los príncipes.»

Según Gerardo de Cremona en su *Geomancia astronómica* (1727), «Marte significa los guerreros, incendiarios, matadores, médicos, barberos, carniceros, plateros, cocineros, panaderos y demás oficios susceptibles de *matar é incendiar*.» Por su parte, otro notable astrólogo escribía, en aquella misma



época: «Marte gobierna los lugares de fuego y sangre, como hogueras, hornos, carnicerías, cadalsos y cuantos lugares se producen ruinas y exterminio, guerra y sangre.»

Autores más recientes añaden que las conjunciones de Marte con Satur-



Por no escuchar  
un  
consejo

no hacen las prisiones de guerra, impulsan á hacer moneda falsa, excitan á los jueces á pronunciar condenas injustas, y á los hombres á odiarse y á vivir sólo por la guerra. La conjunción de la Luna con Marte es fatalísima para las gentes de fortuna: causa accidentes, estocadas, desfallecimientos y mata



á los niños recién nacidos. ¡Herodes! También hace matar á los hombres á traición por los malvados. La de la Luna con Saturno es favorable á los frailes; con Venus, á las señoritas; etc., etc.

No quiero proseguir copiando á los *sabios* de antaño. Si me dejara arrastrar por la curiosidad y empezara á hojear la edad media, no acabaríamos nunca. Os he citado sólo algo de lo que entonces se escribía, con la mejor buena fe y convicción, sobre las singulares al par que terribles influencias

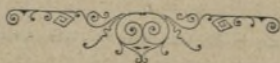


La abuelita

que se atribuían al inofensivo planeta que, cual diamante perdido en la inmensidad, brilla sobre nuestras cabezas. Entonces los tribunales de justicia holgaban: con estudiar los astros podían explicarse y absolverse muchos crímenes, y aun cometerlos impunemente, ya que todo tenía fácil y sencilla explicación.

Por fortuna las grandezas maravillosas de lo infinito se estudian hoy de distinta manera: de ahí que, en vez de ser sus resultados fruto de discordia y horrores, sean focos de esplendorosa luz que irradian majestuosamente, iluminando con sus beneficiosos destellos cuanto ansía descubrir y estudiar la inteligencia humana.

A. OZORES







FH

Ni una hoja se agita en ningún árbol;  
todo yace en el campo en dulce calma.  
En vez de mariposas vense niños,  
cabelleras de oro en vez de alas.  
Óyense cantos, gritos, vocecitas  
surgir de las umbrías encantadas.  
Una niña, llevada triunfalmente  
por los caros hermanos de su alma,  
atraviesa por sendas y espesuras,  
semejando la reina de las hadas.

A.



## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### EL BEBÉ

¿No se figuraría cualquiera que esa chiquilla está hablando con un ser racional? Pues nada de eso: el palique se lo tiene con una muñeca, á la cual quiere con todo el cariño de una niñera, es decir, á prevención de alguno que otro coscorrón de vez en cuando, siempre que *Mariquita*, que así se llama la víctima «hace alguna travesura.»

### EL NIÑO Y LA LLUVIA

Nada le molesta tanto al niño Carlitos como la lluvia, porque ésta le impide salir á jugar. Apenas ve que comienzan á caer gotas de agua, grita y llora y se desespera; pero su mamá



Los tres niños

le consuela diciéndole:—Esas gotas de agua, hijo mío, no te deben molestar, pues Dios las envía para que crezcan las flores y se desarrollen las plantas. Mañana tal vez el agua se habrá secado ya, el sol brillará de nuevo y te dejaré ir á jugar tanto como quieras.

### EL NIDO DE LA OROPÉNDOLA

De la rama de un árbol pendía el nido de una oropéndola, que contenía cuatro hijuelos. Un viento muy fuerte le hacía vacilar de continuo, y al fin una violenta ráfaga lo arrojó en tierra. Afortunadamente no andaba por allí ningún gato, y acertó á pasar uno de esos muchachos de buenos sentimientos que no se complacen en maltratar á los animales. Apenas vió á los pobres pajarillos, cogiólos con mucho cuidado, trepó al árbol y colocó de nuevo el nido como mejor pudo, asegurándolo de modo que no pudiera caer de nuevo tan fácilmente. Hecho esto se ocultó para observar si volvían el macho y la hembra, y cuando los vió llegar



alejóse muy satisfecho de su noble acción, seguro de que ya no les faltaría nada á los pajarillos.

¡Cuánto vale un niño con tan buenos sentimientos!

### NEVASCO

De vuelta del colegio,  
hollando blanca nieve,  
por la escalera arriba  
sube la tropa alegre.

Y tras de los cristales,  
sin que el frío penetre,  
mira la alegre tropa  
caer la blanca nieve.



Los tres niños

### POR NO ESCUCHAR UN CONSEJO

A mediados de invierno hubo un deshielo, de modo que no quedó nieve bastante ni aun para que los chicos hicieran una bola. Dos ó tres jilgueros salieron del bosque para buscar algo de comer.

—Ya llegó la primavera,—dijo un albaricoquero joven á otro árbol próximo que había florecido ya muchos años;—yo voy á florecer ya.

—No hagas tal,—contestó el árbol viejo,—pues yo te aseguro que tendremos mucha nieve antes de acabar la estación; y no olvides mi advertencia, porque tengo más años que tú, y, por lo tanto, más práctica de la vida.

El albaricoquero joven, sin hacer aprecio de lo que le decían, extendió sus ramas y no tardó en tener capullos; pero muy pronto vino una fuerte helada y todos los perdió, de ma-



nera que sólo tuvo hojas cuando llegó la estación favorable, mientras que los demás árboles estaban cargados de fruto.

### LA ABUELITA

La señora Antonia ha llegado á una edad tan avanzada que ya no puede moverse de su sillón, donde debe pasar un día y otro entregada á sus reflexiones. Su existencia sería muy triste si no fuera por su linda nieta Isabel, que siempre está á su lado, entreteniéndola agradablemente con la lectura de algún libro ó con su infantil conversación. Gracias á esto, la



Un tipo Infantil

abuelita sobrelleva mejor los días de su vejez, y da gracias á Dios por los consuelos que le prodiga su querida nieta.

### LOS TRES NIÑOS

Tomás, Toribio y Tadeo son tres niños que parecen no poder vivir el uno sin el otro. Juntos van á la escuela, juntos juegan y juntos van á buscar fresas al bosque, con sus grandes sombreros de paja para resguardarse del sol. Juntos duermen también, y diríase que son tres cuerpos y un alma. Por esto sus padres los quieren más, admirando su espíritu de unión.

### UN TIPO INFANTIL

¿Qué oculta la tierna niña  
bajo su enorme sombrero?  
Una cara sonrosada,  
con unos ojos de cielo,

una boca diminuta,  
y en sus lados un hoyuelo;  
y, cual marco del conjunto,  
blondo y rizado cabello.



## ROBERTO EN BUSCA DE SU PADRE

El padre de Roberto montó un día á caballo para ir á la ciudad, y el niño quiso que le llevase, pero no fué escuchada su petición porque era muy pequeño. Roberto, sin embargo, se había empeñado en ir, y apenas hubo salido su padre, corrió á buscar su caballito de madera y salió de la casa sin ser visto, con la esperanza de que su papá le llevaría consigo cuando le viese solo.

Pero cuando estuvo en el camino, ya no vió á su papá, aunque sí reconocía las señales de los cascos del caballo en el barro. El también quiso seguir la misma línea, más á poco encontróse en un lodazal sin saber como salir. En aquel momento pasó un vecino montado también, y al ver la criatura tan apurada, sacóla de allí, la colocó en su caballo y trasladóla á su casa, donde la mamá dió las gracias al buen hombre, alegrándose de que el caballito de madera no hubiera podido llevar más lejos á su joven jinete.

## LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Realmente era aquella estufa una hermosa obra de arte. ¿Habíala construido Hirschvögel para algún poderoso señor tirolés en la época en que era huésped del emperador Carlos V, en Innsbruck? Todo lo que se sabía de la historia de la estufa era que el abuelo Strehla, maestro albañil en su tiempo, lo había desenterrado de en medio de unas viejas ruinas, donde había ido para hacer algunas obras. Encontrándolo en perfecto estado de conservación, se lo había hecho llevar á casa, no precisamente porque fuese una hermosa pieza, sino porque tiraba muy bien. Había de eso unos sesenta años, y la vieja estufa, siempre en el mismo puesto, en el destartado camaranchón, había calentado á tres generaciones de la familia Strehla.

En aquel momento la tercera generación gritaba en coro:—¡Augusto, cuéntanos un cuento!—Y Augusto, sin hacerse de rogar, bordó una historia según los dibujos de la estufa.

Para los niños la estufa era un dios doméstico. En verano la arreglaban un tocado de musgo y de flores: en invierno era el punto de reunión y el centro de todas sus alegrías. Cuando volvían de la escuela, tambaleándose sobre el hielo ó hundiéndose en la nieve, eran felices, porque sabían que al cabo de algunos instantes estarían cerquita de la estufa divirtiéndose en romper nueces ó en asar castañas.

Un día les había dicho un buhonero que las iniciales trazadas en la estufa eran las de Agustín Hirschvögel. Hirschvögel había sido un gran alfarero y un gran pintor alemán, como antes de él lo había sido su padre. Había vivido en la ciudad de Nuremberg, y se conocían por suyas muchas estufas como aquella, que eran verdaderas maravillas. Era un grande artista, que



Roberto en busca de su padre



tenía fe en su arte y que trabajaba con fe, sin cuidar gran cosa ni de la gloria ni del dinero.

Un viejo comerciante en antiguallas había dado á Augusto algunos por menores respecto á esa interesante familia de los Hirschvögel. La imaginación del niño, que era de una vivacidad extremada, habíase representado á Hirschvögel como un personaje viviente. Veíale andar, muy pensativo, á lo

largo de la calle de Maximiliano, durante su viaje á Innsbruck, ó bien, desde lo alto del puente, inclinarse sobre el Inn, con la cabeza llena de grandes cosas y de bellas obras.

Hé ahí cómo la estufa se había convertido para los Strehla como una persona viviente; hé ahí por qué se la llamaba, llanamente, Hirschvögel. Augusto estaba muy orgulloso de su nombre de pila, que era el del hombre que había labrado tan bella obra. En el secreto de su corazón se decía:— Cuando yo sea hombre, también haré cosas hermosas como esa, y colocaré á Hirschvögel en un bello cuarto de la casa que yo mismo me edificaré en Innsbruck.

Porque Augusto era un soñador: cuando guardaba los reba-



Roberto en busca de su padre

ños en los montes, decíase que su destino no era ser pastor toda la vida. Era fuerte, robusto y dichoso; amaba á los suyos con la mayor abnegación y cariño; tan ágil como una ardilla, tan retozón como una liebre. Sus sueños los guardaba para sí, y sus sueños estaban muy por encima de su condición. ¿Qué era, en efecto, por de momento? En verano un simple zagal de vacas, y en invierno un pobre estudiantillo que iba á casa del señor cura á aprender el catecismo, que iba por el pan á la tahona y que llevaba las botas de su padre á casa del remendón.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortés, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortés, 365 á 371.—BARCELONA.